

Febrero 12.

De las Ánimas al Salado.
Frio, lluvia y alguna nieve.

Febrero 13.

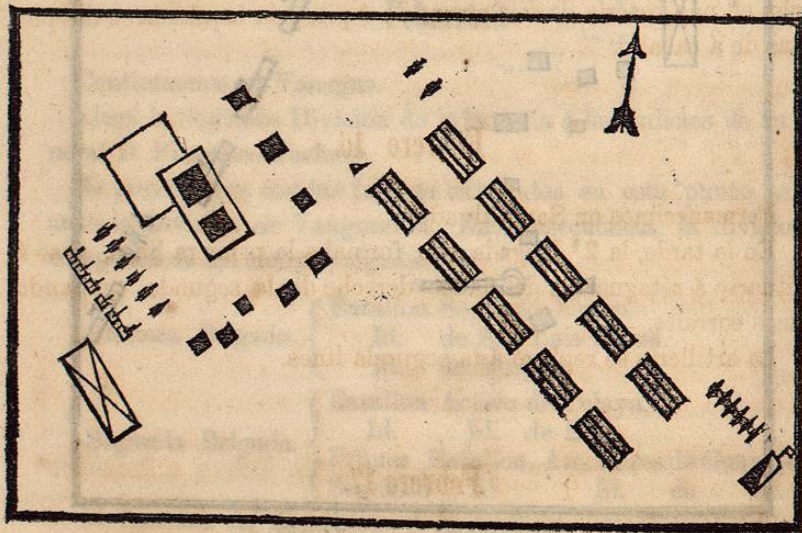
En la noche anterior habían muerto de frio algunos soldados y algunas mujeres.

La tropa, hambrienta y aterida de frio, se resistía á marehar. Sin embargo, no fué necesario ocurrir al rigor para que obedeciera.

Formada la columna de viaje, se dió contra órden.

Se acampó delante de la Hacienda en dos líneas, formadas por columnas cerradas de batallon, con la artillería en las alas.

Corrió la voz de que no se continuaba la marcha porque el enemigo estaba próximo.



CAMPAMENTO EN EL SALADO.

Febrero 14.

Permanecemos acampados.

La brigada del mando del General D. Manuel María Lombardini, que había llegado á la Noria de las Ánimas, tuvo que regresar á Vanegas, á causa del mal tiempo.

Tal vez éste fué el motivo de nuestra detencion en el Salado.

Se enterraron tres soldados que murieron de frio.

Continuó cayendo el agua y la nieve.

A las diez de la noche se tocó órden general extraordinaria: prevenía que se continuase la marcha al dia siguiente.

Febrero 15.

De la Hacienda del Salado al Rancho de San Salvador.

Mejóro el tiempo.

Se acampó en dos líneas delante del Rancho, apoyando la derecha en una batería de seis piezas de á pié, y la izquierda en dos piezas de á caballo.

Febrero 16.

Permanecemos en San Salvador.

En la tarde, la 2.^a Brigada que formaba la primera línea, pasó á situarse á retaguardia del flanco derecho de la segunda, ocupando unos corrales.

La artillería se replegó á la segunda línea.

Febrero 17.

De San Salvador á la Hacienda de la Encarnacion.

En este lugar se hallaba destacada la brigada de caballería que mandaba el General D. Manuel Andrade.

La noche anterior, se hizo fuego sobre unos americanos que se acercaban. Estos huyeron, dejando un antejo y un talego con provisiones.

Se sabe que el enemigo se halla acampado en la Hacienda de Aguanueva.

Febrero 18.

Permanecemos en la Encarnacion. Como á las once del dia llegó el General Santa-Anna.

A las cinco de la tarde, llegaron las brigadas de infantería que mandan los Generales Guzman, y Terres, y la que se hallaba en Tula á las órdenes del General D. Anastasio Parrodi, con tres piezas de á 8.

El General Santa-Anna, recorrió la línea á pié.

Febrero 19.

Continuamos en la Encarnacion.

Llegaron las brigadas de los Generales D. Francisco Pérez, y D. José García Conde.

En la noche, hubo grande alarma, á consecuencia del fuego que hizo sobre unos desertores una guardia de prevencion, y que se propagó en parte de la línea.

El campo no se halla situado segun las reglas, sino que forma un pentágono, en una sola línea, con uno de los lados cubierto por la caballería.

Delante de las líneas no hay más tropas que las guardias de prevencion, á pocos pasos de distancia del centro de los batallones; más allá, ni grandes guardias, ni puestos avanzados, ni patrullas, ni centinelas, ni cuerpos destacados, de observacion. De suerte, que si por la noche fuésemos atacados, no sentiríamos al enemigo sino cuando estuviera sobre nosotros.

Este modo raro de acampar, así como otras prácticas que están en uso en el ejército, tan contrarias á lo que previene el arte y mandan las Ordenanzas; sin duda tienen por causa el sistema de reclutamiento, que haciéndose por medio de la leva, da por resultado que la tropa se deserte en cuanto se le presenta ocasion.

Esta circunstancia, obliga á los generales á mantener las tropas agrupadas, privándose así de los medios de seguridad con que debían contar.

Desde luego, puede notarse, con cuánta desventaja tenemos que combatir, contra un ejército en que el General en Jefe, puede disponer hasta del último soldado para todo servicio.

Febrero 20.

El General Santa-Anna revistó el ejército, y halló que ascendía á diez mil infantes, cuatro mil caballos y diez y siete piezas de artillería (*) de las que seis eran de sitio y plaza; es decir, inútiles para los terrenos en que teníamos que operar. Ya otra vez he deplorado que el General Santa-Anna, dotara al ejército con tan reducido número de cañones.

La orden general previno que se dispusiera el ejército para emprender la marcha al dia siguiente, debiendo de llevar cada soldado dos raciones de carne asada, una libra de harina, y suficiente provision de agua, pues no debíamos hallar de este líquido hasta la Hacienda de Aguanueva.

De los oficiales no se ocupó la orden. Ellos, no tuvieron más remedio, que proveerse como la tropa,

Febrero 21.

Entre la una y las dos de la tarde comenzó la tropa á desfilar, cuya operacion terminó despues de las cuatro de la tarde.

La marcha se verificaba en una sola columna, que con artillería y trenes, podía ocupar unas cuatro leguas.

El orden de la marcha, era el siguiente:

[*] El detall se ha publicado oficialmente.

VANGUARDIA.

Cuatro batallones de infantería ligera.

Batallon de Zapadores.

Tres piezas de artillería.

Seccion de parque.

Regimiento de Húsares.

La primera division de infantería, á las órdenes del General D. Manuel M. Lombardini, con cuatro cañones.

La Segunda Division de Infantería, á las órdenes del General D. Francisco Pacheco, con cuatro cañones.

La Tercera Division de la misma arma, á las órdenes del General D. José María Ortega, con tres cañones.

La Division de Caballería, á las órdenes del General D. Julian Juvera, sin artillería.

El Parque General.

Los ranchos de los cuerpos.

Cerraba la retaguardia, una brigada de caballería, al mando del General D. Manuel Andrade.

El General D. José Vicente Miñon, con mil doscientos caballos, se separó del ejército con una comision especial.

Apénas el ejército se había puesto en movimiento, comenzó á soplar un viento helado del Norte, que fué arreciando á proporcion que se acercaba la noche.

Al oscurecer, pasamos por el Tanque de la Vaca, célebre por las frecuentes hazañas de los salvajes, y que á la sazón estaba seco.

Á la media noche, hicimos alto en el Llano de la Guerra, á la falda del Puerto del Carnero.

Los batallones, se acostaban formados en columna, segun iban llegando. La caballería, permaneció con brida en mano.

Las últimas tropas, se incorporaron á la madrugada.

Á pesar de la prohibicion que había de hacer fuegos, las mujeres de los soldados, y los marmitones, incendiaron las palmas de la falda del monte, y las de los lados del camino; de suerte, que se veía el campo iluminado en todas direcciones, haciendo la luz vivo contraste con el fondo negro del cielo.

Pronto cundió el mal ejemplo; y la tropa, y aún los oficiales, incendiaron tambien las palmas.

El General en Jefe, desde su carruaje, donde pasó la noche, vió la falta, y tuvo que resignarse á disimularla, tanto por el origen que ella tenía, como en consideracion al rigor del frio, á la violencia del viento, y á la falta de abrigos de la tropa.

Casi nadie pudo dormir.

El enemigo, que probablemente tenía noticia de nuestra marcha, replegó sus avanzadas y puestos de observacion.

A pesar de esperarse un combate, acaso terrible al amanecer, todos deseaban la venida del dia para que cambiase la temperatura.

Febrero 22.

Amaneció el dia frio.

Á las seis de la mañana comenzó el movimiento del ejército, que iba preparado para entrar en combate, sobre la Hacienda de Agua Nueva.

Desde la víspera, como llevo dicho, se había separado de la columna con mil doscientos caballos, el General D. José Vicente Miñon, con objeto de practicar una operacion especial.

Esta operacion, consistía en cortarle la retirada al enemigo situándose á su retaguardia, sobre el camino del Saltillo.

En consecuencia, el ejército marchaba entónces en dos columnas por líneas divergentes.

Cuando la vanguardia de la columna principal, compuesta de los cuerpos ligeros, llegó delante de Aguanueva, encontró que la hacienda estaba abandonada. El enemigo había destruido todo lo que no pudo llevar, dado muerte á los animales y puesto fuego á la hacienda.

Sin dar tiempo para que la tropa bebiese agua ni cargase las caramañolas, se le obligó á continuar la marcha á paso precipitado. Se hizo pasar toda la caballería, al galope, por la derecha de la columna, para apoyar la vanguardia en su persecucion al enemigo, que se suponía en plena retirada, lleno de desmoralizacion.

Así se podía creer, al ver el camino regado de efectos de atalaje, y cuatro ó cinco carros abandonados en distintos lugares.

Pero el enemigo se había posesionado de la Hacienda de Buena-Vista, y del Puerto de la Angostura, que sin duda tenía reconocidos de antemano, y allí esperaba con la mayor tranquilidad.

Cuando el General Santa-Anna, que iba en la vanguardia, se apercibió de la presencia del ejército americano, se halló en una posición muy crítica.

No contaba más que con los cuatro batallones ligeros y con dos mil quinientos caballos, que poco hubieran servido en aquel terreno.

Si el enemigo, descendiendo de sus posiciones, ataca vigorosamente al General Santa-Anna, el resultado probable fuera que lo hubiese derrotado; y rechazada aquella fuerza en desorden sobre la gran columna de viaje, cuyos cuerpos iban á largas distancias unos de otros, no pudiendo hacer más que esfuerzos parciales, hubieran corrido la misma suerte que la vanguardia.

Sin duda, conociendo esto el General Santa-Anna, trató de ganar tiempo; al efecto, mandó de parlamentario al campo enemigo, al Inspector del Cuerpo Médico-Militar, General D. Pedro Vanderlinden, quien es de suponerse que llevaría instrucciones para entretener al General Taylor todo el tiempo que le fuere posible.

Ostensiblemente, iba á intimar la rendición del Ejército Americano, anunciando al General enemigo que se hallaba rodeado por veinte mil hombres. Como era de esperarse, el General Taylor rechazó la intimación, pero de aquella bravata se valió después, para asentar que había sido atacado por veinte mil mexicanos.

Mientras esto pasaba, iban llegando los batallones, y formando la línea de batalla: pero la cola de la columna no se incorporó sino cuatro horas después.

Se había caminado cerca de veinte leguas en veinticuatro horas, no se había dormido; y las tropas, llegaban al frente del enemigo, poco menos que en ayunas.

El ejército formó en varias líneas, ocupando los puntos elevados que el terreno ofrecía: el general hizo cubrir fuertemente, una alta montaña **A**, en que se apoyó nuestra derecha, y que el enemigo había descuidado.

Entretanto se verificaba la formación de nuestras líneas **BB'**, la artillería de uno y otro campo hacía algunos disparos, pero sin empeñarse nada serio. Mientras, los batallones que estaban en las líneas, se relevaban, uno, á uno, para bajar á llenar sus caramañolas, en un arroyuelo de agua cristalina, que venía del campo enemigo, y que atravesaba el nuestro en toda su profundidad.

Al observar el General Taylor que los cuerpos ligeros subían el cerro de la derecha, mandó inmediatamente á sus rifleros para impedirlo. Esto produjo un combate bastante vivo, que duró toda la tarde, circunscrito al mencionado cerro, hasta que al oscurecer nuestros soldados quedaron dueños del terreno, ocupando la eminencia disputada.

El toque de diana que dió un clarín del Primer Ligero, hizo saber al ejército que el enemigo era rechazado, y que el cerro estaba en nuestro poder. Esto produjo gran entusiasmo en las tropas.

En este combate se distinguió el capitán D. Luis G. Osollo.

La noche puso en quietud á los combatientes, y el Ejército Americano encendió sus fogatas.

Las posiciones de los dos ejércitos, se marcan en el croquis número 2 adjunto; la del Mexicano, con líneas verdes **B** y la del Americano con líneas amarillas **C**.

La posición de la Angostura, le daba al enemigo una incontestable superioridad sobre nosotros.

Dos cadenas de montañas corriendo casi paralelamente, se estrechan en aquel lugar, en donde forman un puerto bastante angosto.

Las montañas de la derecha, son más elevadas que las de la izquierda, y sus faldas se prolongan en forma de lomas, hasta ocupar próximamente la mitad de la anchura de la cañada que las mencionadas alturas determinan.

Las aguas que de ellas descienden, han cavado profundas barrancas, que bajan casi perpendicularmente al camino que va de Agua-nueva al Saltillo; terminando, como es natural, en la parte más baja de la cañada.

Pero las aguas depositadas en aquel terreno esponjoso se filtran con facilidad; y secándose después la tierra con los ardientes rayos del Sol, se desagregan sus componentes, produciendo hundimientos

y grietas, que hacen intransitable aquel lugar, aún para hombres que no tuviesen que atravesarlo á viva fuerza.

El camino que corre al pié de las lomas, siguiendo las inflexiones que éstas presentan, dividía en dos partes nuestro campo y el del enemigo, en el sentido de la profundidad.

Los americanos, ocupaban á su derecha, una loma bastante elevada, que se apoyaba en los cerros que corrían perpendicularmente á nuestra izquierda, sirviéndole de defensa el terreno esponjoso é intransitable de que se ha hecho mencion.

Por la parte oriental de esta loma pasa el camino para el Saltillo.

Se extendía en seguida la batalla americana, desde este camino hasta las alturas de nuestra derecha, donde apoyaba el ala izquierda; sirviendo de fosos á todo este frente las barrancas que tenía delante, y que eran casi paralelas á él.

El General Santa-Anna, ocupó tansolo el terreno comprendido á la derecha del camino, con excepcion de un batallon, que colocó para observar en la garganta **O**.

Tenemos, pues, que la derecha del enemigo era casi inatacable; su frente, extraordinariamente fuerte; y, su izquierda, muy bien apoyada en las alturas.

En la cadena de montañas de la izquierda, hay dos gargantas que marco con las letras **P** y **Q**, (véase el croquis,) las cuales podían facilitar el paso, á tropas que pasando por detras de los cerros fueran á caer inopinadamente sobre el flanco ó á la espalda de uno de los combatientes. Pero, ni el General Santa-Anna, ni el General Taylor pensaron en esta operacion, que podía haber sido decisiva.

Teniendo ya una idea aproximada de la configuracion del terreno, cosa tan necesaria para poder juzgar con acierto, y comprender la marcha de la batalla; será bueno tambien, hacer un exámen comparativo de los ejércitos que iban á combatir.

El americano, aunque formado por medio del enganche, se compone de gente de una civilizacion relativamente adelantada. Su Gobierno remunera ampliamente á la fuerza armada, que nunca sufre atrasos en sus haberes, porque siempre estan repletas las arcas del tesoro.

El vestuario, es de buena calidad; los alimentos, sanos y abundantes; y el sueldo, más elevado que el de otros ejércitos.

Aunque las instituciones de los Estados Unidos sean republicanas, la ordenanza del ejército es severa, y la disciplina perfecta.

La instruccion de la oficialidad es muy vasta; por que en el Ejército Regular, no es admitido ningun individuo en calidad de subalterno, sino despues de haber sido aprobado, al concluir sus estudios, en la Escuela Militar.

Ascienden á los empleos superiores, por su escala, ó por servicios distinguidos.

Á los sargentos, no les es permitido optar á la clase de oficial.

Los generales, son oficiales de mérito que han encanecido en la carrera.

La parte débil del Ejército Americano son los voluntarios: sus jefes y oficiales son nombrados por ellos mismos, ó por las autoridades del Estado donde se levantan los cuerpos.

Cuando algun individuo goza de bastante prestigio para levantar un regimiento, generalmente se hace su coronel y nombra sus oficiales.

Estas fuerzas son por lo regular poco disciplinadas, cometen desórdenes en el país que recorren, les agrada batirse de preferencia á la desbandada, y dejan el servicio el dia que cumplen el tiempo de su empeño, aún cuando sea la víspera de una batalla.

En cambio, tiran bien, se baten con más encarnizamiento, si se quiere, que las tropas regulares, aunque no tengan su solidez ni su constancia.

El Gobierno Americano, puede levantar de esta clase de tropa, el número que desee.

Puesto en campaña el Ejército Americano, no cuenta para subsistir con los recursos que le ofrece el país donde hace la guerra.

Su proveeduría, que le surte con las remisiones que le hacen, ó por medio de contratas que generalmente paga al contado, se halla bien provista de sanos alimentos; de suerte que, aún en medio del desierto, el soldado se nutre como si estuviera en los centros de poblacion.

Los trenes de carros, para la conduccion del Parque General, de la Proveeduría, del Hospital Ambulante, del Tesoro y de los equipajes, están perfectamente arreglados.

Se componen de vehículos ligeros de cuatro ruedas, tirados por ocho mulas, y que pueden transitar por donde lo efectúa la artillería de batalla, y seguir al ejército en sus más largas jornadas. Estos trenes, son de propiedad del Gobierno ó contratados conforme á modelo.

El armamento de la Infantería de Línea, se compone de fusil de percusion de quince adarmes, con bayoneta; se carga con bala y tres postas, siendo la pólvora de superior clase.

La Caballería, que puede clasificarse como mixta, ó dragones, usa mosqueton, pistola y sable: está montada en caballos frisonos.

La Artillería, es del sistema de Paixhans. Sus baterías, se componen de cañones de los calibres de á 6 y de á 12 de batalla, y de obuses largos de á 24 y de á 36, ó sea de 15 y 16 centímetros.

Las baterías, tienen carros de municiones que las siguen á todas partes, para proveerlas durante el combate.

En cuanto al número de tropas que el General Zacarías Taylor presentó en la Angostura, no pude juzgar, sino aproximadamente, por lo que ví.

Los americanos se presentaron en dos líneas, y su reserva; y nuestros ataques fueron siempre cubiertos, con poca diferencia, con líneas de igual extension que las nuestras.

Dando á la caballería la justa importancia que debe tener, eran relativamente débiles en esta arma, y por consiguiente, fuertes en infantería, cuya combinacion era perfectamente adecuada al terreno que defendian.

El número de cañones de batalla, muchos de ellos ligeros, y todos arrastrados por magníficos tiros de caballos frisonos, parece que ascendía á veintiseis. Parte de estos cañones, podían maniobrar en lo más escabroso de aquel terreno.

En resumen: el Ejército Americano debe haber presentado en batalla, cuando ménos de siete á ocho mil hombres, con veinte piezas de artillería, en una posicion muy fuerte.

Conocido algun tanto el Ejército Americano, pasemos á hacer un estudio del nuestro.

Como es sabido, el Ejército Mexicano se forma por medio de la leva; es decir, que se toman en la calle por la fuerza, aquellos tran-

seuntes que por su humilde condicion no oponen resistencia á la violencia que se les hace.

Conducidos á los cuarteles, allí se les obliga, con la vara del cabo, á aprender el manejo del arma, lo muy indispensable del servicio, y algunas evoluciones.

Como es natural, con semejante sistema no ingresa á las filas sino la gente más ignorante y abyecta del pueblo; es decir, la que ménos interés tiene en defender la Patria.

Ni la raquitis; ni el tener familia numerosa; ni el ser vicioso; son excepciones para librarse del servicio: y entre la multitud de infelices que son arrancados de sus hogares, la raza indígena, da por lo regular, el mayor contingente.

Los sueldos son cortos y mal pagados. Tropas ha habido que por muchos años no recibieron su paga completa; y muchas veces hubieran perecido, si no apelaran al trabajo corporal, para ganar su preciso sustento.

Suele darse vestuario lujoso, á las tropas que se hallan de guarnicion en las grandes ciudades, para estrenar en las festividades civiles y religiosas; pero las que se hallan léjos, carecen á veces de lo más preciso.

Puntualmente, en el ejército que marchó á la Angostura iban batallones que llevaban á raíz del cuerpo unas malas levitas; que carecian de frazadas, y de capotes, con que abrigarse; y cuyos schacots eran de palma forrados de indiana.

El alimento que se da á nuestros soldados, consiste en un rancho no siempre bueno ni abundante, que se hace descontando á cada individuo, un real diario. Pero en campaña, donde faltan los recursos ó el tiempo para confeccionar el rancho, á consecuencia de las largas jornadas que se obliga á hacer á nuestra tropa; se suministra á cada soldado, un pedazo de carne cruda, unas cuantas *tortillas*, ó un puñado de maíz.

La ordenanza que observa el Ejército Mexicano, es la misma que regia durante la dominacion española; mas á consecuencia de las revoluciones, la disciplina se halla notablemente relajada.

La oficialidad, es heterogénea. Una parte de ella sale á las filas, del Colegio Militar: otra, asciende de la clase de sargentos:

y tambien ingresan al ejército, no solo en clases inferiores, muchos paisanos, á quienes agracian los Ministros.

Entre nosotros, no hay milicias voluntarias propiamente dichas, pero durante las revoluciones, se suelen levantar fuerzas irregulares con distintas denominaciones, que despues por lo comun, son refundidas en el ejército.

Por lo que hace á la alimentacion de las tropas en campaña, poco se preocupa el Gobierno. Puesta en marcha una fuerza cualquiera, el que la mande, cuidará de alimentarla con los recursos que halle en el camino. Jamás se lleva proveeduría y áun cuando la hubiera, se carecería de medios para trasportarla.

En la presente campaña, las únicas provisiones que se reunieron en la Encarnacion, ademas de las reses que allí se mataron, fueron algunos sacos de harina, poquísimas galletas y unas cuantas carretas cargadas de *piloncillo* y de aguardiente.

Nuestro ejército no tiene trenes propios, en que conducir sus municiones, equipajes, etc. Cuando marchan las tropas, embargan mulas de carga, ó carros del comercio, de distintos portes y construccion.

El armamento de nuestra infantería, consiste en fusiles viejos ingleses, de chispa, de diez y nueve adarmes de calibre.

La caballería, que no puede ser mas que ligera, se halla armada, una parte, con sable y mosqueton de chispa; y la otra, que es el mayor número, usa ademas la lanza.

La artillería, pertenece al sistema ya envejecido de Griveaubal, conteniendo diversidad de calibre, y montada sobre pesadas y toscas cureñas: carece de obuses largos que son de grande efecto, y se halla arrastrada por mulas guarnecidas con atalajes de pechera y bolea, (*) que la hacen en extremo lenta para las maniobras.

Ni en alcances, ni en movimientos, puede competir con la del enemigo.

Carecen las baterías de carros de municiones apropiados, para proveerlas durante el combate, haciéndose este servicio á lomo de mulas, con mil inconvenientes.

El número de hombres que presentó el Ejército Mexicano en la

(*) A excepcion de cuatro baterías de artillería á caballo.

Batalla de la Angostura, está muy lejos de ser el que dice el General Taylor, como demostraré en seguida.

El dia 19 de Febrero, pasó revista el ejército en la Hacienda de la Encarnacion, con catorce mil, cuarenta y ocho hombres, de los cuales, tres mil ochocientos treinta y siete eran de caballería.

El General D. José Vicente Miñon, se separó del ejército con mil doscientos caballos, con instrucciones especiales.

Por lo tanto, el ejército se movió de la Encarnacion con doce mil ochocientos cuarenta y ocho hombres: esto es, suponiendo que desde el 19 de Febrero hasta el 21 no hubiese habido desercion, lo que no es de presumirse, mucho más hallándonos acampados.

Durante las veinticuatro horas de marcha, verificada una parte de ella de noche, y luchando con dificultades, no creo exajerar suponiendo, una baja de quinientos hombres, entre rezagados y desertores.

Quedaban, pues, nueve mil doscientos setenta y un hombres de infantería, número poco superior al que presentaba el enemigo.

Cierto que éramos muy superiores en caballería; pero los esfuerzos que pudiera hacer esta arma, quedaban completamente nulificados por la configuracion del terreno.

En cambio, la artillería del enemigo tenía gran superioridad sobre la nuestra, tanto en cantidad, como en calidad.

Nosotros no podiamos contar mas que con once piezas de batalla.

A saber:

Cinco cañones de á 8.

Cinco id de á 12.

Un obus corto de 7 pulgadas.

El resto, hasta diez y siete, eran cañones de sitio y plaza, que en mala hora se llevaron, y los cuales no podian utilizarse, sino en determinados puntos del campo.

Pero la gran superioridad del enemigo, consistía en la ventajosa posicion que ocupaba.

Creo haber proporcionado los datos necesarios, para que se puedan juzgar con acierto, los acontecimientos que en seguida voy á referir.